

“ haciendas, y la prosperidad de este reino: si ape-
“ teceis que estos movimientos no degeneren en
“ una revolucion que procuramos evitar todos los
“ americanos, esponiéndonos en esta confusion á
“ que venga á dominarnos un estrangero, ea fin si
“ quereis ser felices, desertaos de las tropas de los
“ europeos y venid á uniros con nosotros: dejad
“ que se defiendan solos los ultramarinos y vereis
“ esto acabado en un dia sin perjuicio de ellos ni
“ vuestro y sin que perezca un solo individuo,
“ pues nuestro ánimo es despojarlos del mando sin
“ ultrajar sus personas y haciendas.

“ Abrid los ojos; considerad que los europeos
“ piensan ponernos á pelear criollos contra criollos,
“ retirándose ellos á observar desde lejos, y en caso
“ de serles favorables, apropiarse ellos toda la glo-
“ ria del vencimiento, haciendo despues mofa y
“ desprecio de todo el criollismo y de los mismos
“ que les hubiesen defendido: advertid que aun
“ cuando llegasen á triunfar ayudados de vosotros,
“ el premio que debeis esperar de vuestra inconsi-
“ deracion, seria el que doblasen vuestras cadenas
“ y el veros sumergidos en una esclavitud mucho
“ mas cruel que la anterior.

“ Nada mas deseamos que el no vernos precisados
“ á tomar las armas contra ellos:

“ Para nosotros es de mucho mas aprecio la se-
“ guridad y conservacion de vuestros hermanos.

“ Una sola gota de sangre americana, pesa mas
“ en nuestra estimacion que la seguridad de algun
“ combate que procuraremos evitar en cuanto sea
“ posible y nos lo permita la felicidad pública á
“ que aspiramos, como ya hemos dicho.

“ Pero con sumo dolor de nuestro corazon, pro-

“ testamos que pelearemos contra todos los que se
“ opongan á nuestras justas pretensiones sean quie-
“ nes fueren, y para evitar desórdenes y efusion de
“ sangre, observaremos inviolablemente las leyes de
“ guerra y de gentes para todos en lo de adelante.

“ Hasta el 20 de Diciembre estan de nuestra par-
“ te cinco provincias, conviene á saber: Guadala-
“ jara, Valladolid, Guanajuato, Zacatecas, y San
“ Luis Potosí y de un dia para otro se espera tam-
“ bien estarlo Durango, Sonora, y demas provin-
“ cias internas, estándolo tambien Toluca y mu-
“ cha parte de la costa de Veracruz.

“ *Miguel Hidalgo y Costilla.*”

¡Qué sencilla y conmovedora elocuencia! ¡qué
caballerosidad en el estilo, tan diferente de la cho-
carrería, de las diatribas, de los dicterios y hasta de
los motes de que estaban atestadas las proclamas
del virey, del arzobispo y del Santo Oficio!

¡Qué defensa tan noble á acusaciones tan in-
justas!

¡Qué desmentida tan completa á calumnias tan
falsas!

El ejército en tanto, seguia su marcha, dirigién-
dose hácia el Saltillo.

CAPITULO XV.

El ángel tutelar de Hidalgo.

Gil Gomez no habia perdido un solo momento
de vista al nuevo misterioso insurgente, segun la
orden de Hidalgo.

Marchaba éste confundido entre la multitud; pero sin hablar con nadie, sin quejarse ó alentarse á sí mismo como los demás.

Una mañana, Hidalgo dijo en voz alta á Gil Gomez que se encargase en la primera venta por donde pasaren, de hacer que le preparasen un almuerzo, porque hacia algunas horas no probaba alimento. Acababan de dejar atrás al pueblecillo de *Charcas* y era muy probable que antes de llegar al Venado se encontrase alguna aldehueta ó cuando menos alguna posada.

A poco rato el jóven descubrió á la falda de un montecillo, una casa que seguramente debia ser lo que buscaba; corrió á ordenar á Allende de parte de Hidalgo, guíase adelante al ejército, mientras éste se quedaba acompañado de él y otros dos oficiales, en la casa para tomar reposo y alimento, despues de lo cual le alcanzaria.

El ejército siguió adelante: Gil Gomez se adelantó á la venta para hacer disponer lo necesario.

Hidalgo acompañado de dos oficiales le seguía á paso lento.

Cuando el jóven detuvo su caballo delante de la venta salia de ella, lanzándose al galope el pálido desconocido.

Gil Gomez al verle dió un salto como si hubiese visto una serpiente.

El caballero lanzó una insultante mirada de desprecio y de satisfaccion, hácia el camino por donde Hidalgo se acercaba.

—No sé qué especie de terror me inspira ese hombre; algun mal me va á hacer, murmuró el jóven entrando hasta el patio de la venta.

Un profundo silencio reinaba en ella y parecia que nadie la habitaba.

—¡Ah! de casa, gritó Gil Gomez con toda la fuerza de sus pulmones.

Pero nadie se movió.

—¡Diablo! parece que todos duermen ó todos se han muerto aquí; pero entonces qué es lo que hacia en esta inhabitada mansion ese misterioso viagero?

Y volvió á llamar con igual estrépito.

Al cabo de un rato se presentó el hostelero, hombre de buena presencia y franca catadura.

—Buenos días, señor huésped, dijo el jóven con afabilidad, siguiendo su método de procurar caer en gracia á los posaderos.

—Téngalos vd. muy buenos, señor capitan, respondió éste.

—¿Han pasado por aquí los insurgentes?

—Sí, señor capitan, no hace media hora aún que han pasado. ¿Va ud. á incorporarse con ellos?

Gil Gomez, no conociendo el color político de su huésped, no quiso aventurar una respuesta y eludió la pregunta diciendo con una completa indiferencia:

—Yo vengo desde Zacatecas y me dirijo á el Saltillo, donde ellos probablemente se dirigen.

—Sí; eso ha dicho un oficial que acaba de partir hace un momento.

—¡Ah! un oficial, ¿y qué ha venido á hacer por aquí ese oficial? preguntó el jóven aparentando tranquilidad.

—Diablo, á proporcionarme un buen negocio, puesto que me ha pagado de una manera espléndida y adelantado, el almuerzo de unos viageros que no deben tardar en llegar.

—¡Ah! ¿con que ha pagado adelantado el almuerzo de unos viajeros? ¡qué franco es!

—Sí; pero ha hecho mas, me ha dicho que uno de esos viajeros es un anciano, muy desganado, para comer y que solo algunos platos que él sabia muy bien, prueba.

—Debe ser muy su amigo.

—Así me lo ha asegurado, de manera que des pues de haberme preguntado hácia qué parte se hallaba la cocina, ha corrido á ella dejándome como dicen con la palabra en la boca, para probar el mismo la clase de alimentos que hay que no son por cierto muy numerosos.

—¿Pues cuántos platos hay para el almuerzo?

—Dos solamente, señor capitán, *mole y frijoles*.

—¿Y han sido de su gusto?

—Parece que sí, porque ha salido de la cocina, encargándome que podia presentarlo todo en la mesa, sin necesidad de preparar otra cosa, seguro de que habia salido airoso.

—Pero ya caigo quién es ese solícito viajero, debe ser uno que partia cuando yo llegaba.

—Cabalmente, porque luego que ha visto que la mesa estaba servida, y todo listo, ha vuelto á montar á caballo y ha partido.

—¿Qué señas tenia?

—¿Era un señor de media edad.

—¿Con el cabello casi rojo?

—Sí señor, con el cabello casi rojo.

—¿Muy pálido?

—Muy pálido.

—¿Montado en un caballo negro?

—Sí señor, negro como la noche.

—Vaya; pero cualquiera diria al oirnos hablar,

que nuestro oficio es ocuparnos de las vidas ajenas, dijo Gil Gomez enjugando el sudor que la congoja y el temor hacian brotar á su frente.

—Es muy natural la conversacion entre los viajeros y los posaderos y yo soy precisamente de los mas charlatanes, dijo el hiesped que en efecto parecia á primera vista un hombre franco y decidor, muy al tanto de los negocios posaderiles.

—Lo mismo soy yo.

—Así me parece, señor capitán; pero vd. querrá tal vez almorzar, ¿no es verdad?

—Aguardaré á esos viajeros de quien ha hablado á vd. el franco caballero, pues no tengo prisa y no gusto de almorzar solo jamás.

—Está bien, voy á poner á vd. su mesa en el mismo cuarto, dijo el ventero yendo á ejecutarlo.

A ese tiempo sonaron en el camino las pisadas de algunos caballos.

Eran Hidalgo y los dos oficiales que le acompañaban.

—¿Ha encontrado vd. algo? capitán, preguntó este.

—Sí señor, y he encontrado mas de lo que hubieramos deseado ciertamente.

—¿Bueno! veo que es vd. igualmente diestro en asuntos bucólicos, que en asuntos guerreros.

Y todos se dirigieron al sitio donde les conducia sombrero en mano el ignorante y obsequioso posadero que creia haber hecho un buen negocio.

—Señores, suplico á vds. me dispeusen una palabra, dijo Gil Gomez dirigiendose á los oficiales y llevando al cura Hidalgo, á la pieza en que se habia servido el almuerzo, mientras que aquellos, co-

gidos amistosamente del brazo se paseaban por el sucio y destartado corredor.

Gil Gomez cerró la puerta tras si y se acercó á la mesa sobre la que se veian humeando en groseras fuentes, los dos guisotes de que acababa de hablar el posadero: el joven acercó á ellos su vista durante algun tiempo.

— ¡Vamos, qué hace vd. capitan, le disgustan acaso esos platos? preguntó sonriendo Hidalgo.

— Un poco, señor.

— Pues somos de un gusto enteramente contrario, porque yo amo con delicia las comidas nacionales. ¡Ea! no hay tiempo que perder, tomemos alguna cosa, que tenemos que alcanzar al ejército antes de llegar al Venado.

— No, señor, vd. no tocará esos platos, exclamó Gil Gomez.

— ¡No tocaré ninguno de esos platos? ¡y porqué? capitan.

— ¡Porque? porque esos platos estan envenenados.

— ¡Envenenados?

— Envenenados, sí señor.

— ¡Pero por quién?

— Por el sospechoso desconocido que ha llegado á esta posada un cuarto de hora antes que yo y partia á todo escape cuando yo me acercaba.

Hidalgo hizo una exclamacion de sorpresa.

Al cabo de un rato de silenciosa estupefaccion, preguntó.

— ¡Pero como lo ha sabido vd. jóven?

— El posadero es un simple que me ha referido lisa y llanamente, que ese hombre ha llegado aquí, pidiendole tuviese preparado un almuerzo para

unos viageros que debian llegar dentro de un momento, ha pagado adelantado y bajo el pretesto de probar los guisos se ha introducido solo en la cocina, donde no creo que haya ejecutado lo que dice.

— ¡Cobarde! exclamó Hidalgo con asombrosa indignacion.

— ¡Conque creo que ahora ya no tocará vd., señor, esos guisos nacionales?

— ¡Oh noble jóven, exclamó el anciano; Dios ha mandado á vd. para ser mi ángel de guarda sobre la tierra. Una noche ha llegado vd. á mi morada fatigado y herido, para dar el primer paso de una carrera que yo mismo temia emprender: Otra vez; he encontrado para penetrar en Celaya un enviado con una comision peligrosa, que ciertamente temia no hallar entre los hombres, que me seguian, despues le he mirado á mi lado lo mismo en las horas del peligro que la desdicha y por fin en este momento ¡acaba vd. de salvarme la vida. ¡Jóven hijo mio! entre mis brazos.

Gil Gomez se precipitó entre los brazos abiertos del anciano exclamando entre lágrimas.

— Una noche he llegado miserable y herido á una casa; en ella me han dado pan y me han curado; por una travesura de niño me han elevado á un grado demasiado honorífico, han armado mi brazo para defender la mas santa de las causas y juro morir antes que abandonar al hombre noble de quien tanto he recibido.

— Partámos hijo mio, partámos en el instante y demos gracias á Dios por la merced que acaba de concedernos.

Y los dos salieron del aposento.

—¿Cómo, no almuerzan vdes. antes de partir? exclamó el posadero al verles en el patio en actitud de viaje.

—Amigo mio, le dijo Gil Gomez en voz baja, procurando que los oficiales no le escucharan; sus platos de vd. están envenenados.

—¿Envenenados? exclamó el posadero dando un salto de sorpresa.

—Envenenados, sí, y cuide mucho de que nadie pruebe de ellos.

—¿Envenenados! exclamó estupefacto el ventero.

—Ha sido vd. víctima de un engaño, y en lo sucesivo aprenda á ser mas cauto, con los viageros que pagan adelantado el almuerzo de sus amigos.

Largo tiempo despues de que sus huéspedes hubieron partido, el posadero se quedó parado en medio del patio del meson, creyendo que era un sueño cuanto acababa de escuchar.

Derrepente corrió al cuarto y examinó sus guisos; habian tomado estos en efecto un color negrozco demasiado sospechoso que no estaba acostumbrado á observarles. Tomó en sus manos el plato y arrojó su contenido á uno de tantos de esos perros que pululan en todos los mesones.

El animal hambriento le devoró en un instante.

Pero no habia trascurrido ni un cuarto de hora, cuando sus facciones se contrajeron espantosamente, sus ojos giraron horribles y desencajados en sus órbitas, lanzó algunos ahullidos lastimeros de dolor, una convulsion contrajo sus miembros, su boca se cubrió de un espumarajo sanguinolento y cayó tieso sobre el suelo.

Hidalgo y Gil Gomez habian alcanzado al ejército antes de llegar al *Venado*.

—¿Qué deberemos hacer con ese hombre? habia preguntado Gil Gomez en el camino.

—¿Qué hemos de hacer? nada, dijo Hidalgo encogiéndose de hombros.

—¿Cómo nada, señor, es decir que su crimen quedará impune?

—No hay contra él una prueba evidente y cualquiera disposicion que yo tomara en su contra se podia calificar como un acto de crueldad.

—Pero....

—Lo que se debe hacer ahora que ya nuestras sospechas se han confirmado, es no perderle de vista un solo momento, seguirle do quiera que vaya, capitan.

Gil Gomez se incorporó entre los oficiales, y pudo notar el efecto que la pronta llegada de Hidalgo causó sobre uno de ellos. Al ver al anciano, dió un salto de sorpresa, su rostro naturalmente pálido, se tornó livido, apretó sus puños con rabia sobre el puño de su espada y aterrorizado casi, se apartó de los oficiales, aislándose cabizbajo y pensativo.

Gil Gomez se acercó á él y le dijo con fingido interés.

—¿Porqué tan triste? señor oficial.

El desconocido lanzó una mirada terrible al jóven y bajó la cabeza sin responderle.

—¿Porqué tan triste? cualquiera diria al ver á vd. que le ha acontecido una grave desgracia, continuó el jóven.

El desconocido ni se movió siquiera.

—Sí, una grave desgracia, como por ejemplo, ver desbaratado en un momento, un magnífico plan muy premeditado.

Esta vez el incógnito, alzó vivamente la cara,

lanzando una rápida mirada á Gil Gomez; pero debió confundir la intencion oculta del jóven con su cara naturalmente maliciosa, porque se limitó á decir con un acento de irónico desprecio.

—Parece que somos algo chanceros, insolentados tal vez por la especial proteccion del señor Hidalgo.

—Y nosotros, parece que somos algo afectos á pagar adelantados los almuerzos de los amigos y á cuidar de que sean muy de su gusto.

El incógnito se estremeció como si hubiera pisado una serpiente, clavó una mirada terrible en el rostro del jóven y llevó maquinalmente su mano á la culata de una de sus pistolas; pero despues reflexionando tal vez que no era aquel sitio el mas apropiado para lo que acababa de pensar, aparentó volver á recobrar su tranquilidad, mordiéndose sus delgados y pálidos labios hasta hacerse sangre.

—Lo decia yo por lo de esta mañana, continuó con su tono zumbon el imprudente jóven que habia seguido con la vista sus menores movimientos.

—No sé, no entiendo lo que quiere vd. decir y creo que me toma por otro, dijo el caballero encojiéndose de hombros con aparente tranquilidad.

—No, yo jamás me equivoco y mucho menos en conocer á los buenos amigos, ¡Oh! para eso tengo un ojo y un tino admirables. Cuando á vd. se le ofrezca yo le dará una leccioncilla que le ha de ser muy provechosa.

Y diciendo estas palabras Gil Gomez hizo un falso político saludo y corrió á incorporarse con Hidalgo.

El desconocido le siguió con la vista durante al-

gun tiempo y cuando le hubo perdido, murmuró con tono colérico.

—Desgraciado, sin saberlo te has perdido y precipitado á un abismo; mis secretos son la muerte del que los llegue á descubrir. ¡Crees haberme confundido y aterrorizado con tu imprudente revelacion; pero no sabes que el amor de Doña Regina es un frenesí capaz de convertir al hombre mas honrado en un asesino que destruye cuanto se le presenta como obstáculo para poseer á ese demonio de muger.

Y Don Juan volvió á caer en su acostumbrada sombría meditacion.

Esta vez Gil Gomez fué tal vez mas observado que observador; como Don Juan lo habia dicho, el pobre jóven con su imprudencia acababa de labrar su ruina y sin saberlo se habia precipitado á un abismo.

El ejército dejó atrás á Matehuala llegando al Saltillo, para dirigirse desde allí á Chihuahua.

¡Ay! la traicion seguia y esperaba al noble anciano!

Una tarde Gil Gomez adelantó al ejército media legua para buscar alojamiento á Hidalgo. El camino que el jóven seguia era un estrecho sendero encajonado entre pedregales de poca elevacion; corria á todo escape, cuando le pareció oir cerca de sí, hácia la parte derecha del pedregal un ruido semejante al paso de un caballo,

Pero creyó un engaño de su oido y siguió avanzando.

No habria andado veinte varas, cuando al volver de una pequeña encrucijada, sonó un tiro á su es-

palda y una bala fué á clavarse en un árbol que se hallaba á cinco pasos.

Antes de que volviese de su sorpresa, sonó un segundo tiro; pero el jóven oyó silvar la bala tan cerca de sí, que no pudo menos de inclinarse violentamente sobre el cuello de su caballo por un movimiento demasiado natural.

La bala habia pasado en efecto tan cerca de su cabeza, que habia atravesado de parte á parte su sombrero lanzándole á veinte pasos de distancia.

Gil Gomez volvió sus ojos al pedregal, desde donde le saludaban tan poco cortesmente; pero á nadie vio y le pareció oír al otro lado del camino el galope de un caballo que se alejaba.

—Vaya, pues lo que es por esta vez han errado el golpe. Ya me figuro poco mas ó menos quién es el que me ha obsequiado de esta manera tan desusada, exclamó el jóven al cabo de un momento, pálido por la sorpresa, contemplando su sombrero agujereado en la copa y dando gracias en su interior á Dios con todo su corazón por el terrible peligro de que acababa de salvarle de una manera casi milagrosa.

Después comprendiendo por instinto, que por lo pronto nada debía temer, volvió á continuar su interrumpida carrera.

Una noche el ejército acampó para dormir en una llanura situada adelante de Anelo. Hidalgo acompañado de Allende y Gil Gomez, se dirigió á una casita lejana, á través de cuyas ventanas se veía brillar una suave luz en la oscuridad profunda de la noche. Llamó Gil Gomez y la puerta se abrió inmediatamente por una anciana de aspecto

miserable que preguntó con agrio y cascado acento á los viajeros qué era lo que se les ofrecía.

—¿Podría V. darnos hospedage por esta noche, en el concepto de que pagaremos religiosamente el gasto que hagamos? preguntó con su acostumbrada cortesanía en estos casos Gil Gomez.

—Si vdes. quieren conformarse con dos cuartitos, pues es lo único que hay en la casa fuera de la pieza en que yo duermo y la cocina, pueden pasar, respondió la anciana, ablandándose á la alhagadora promesa del jóven.

—Con eso nos sobra, buena señora, y no deseá-bamos otra cosa.

Allende y un soldado que le acompañaba, fueron á ocupar una de las destarladadas habitaciones.

Hidalgo y Gil Gomez ocuparon la segunda.

Tenia ésta una puerta que daba al interior de la casa y una ventana sin vidriera ni puerta que caía al campo y por donde se colaba á su sabor el viento helado de la noche.

—¿Qué fatigado estoy, por la larga caminata de hoy! dijo Hidalgo dejándose caer sobre el durísimo y único lecho que la hospitalidad de la anciana le habia ofrecido.

—Lo mismo yo y creo que dormiremos perfectamente, murmuró el jóven, acomodándose lo mejor que pudo en un viejo sillón de cuero que la Providencia habia colocado allí, poniendo su espada entre las rodillas y sus pistolas sobre una desvencijada mesa que se hallaba á su derecha.

La fatiga les rindió y cinco minutos después ambos dormían profundamente.

Fuera de la habitación silvaba el viento, trayendo esos ecos lejanos que forma el murmullo de una